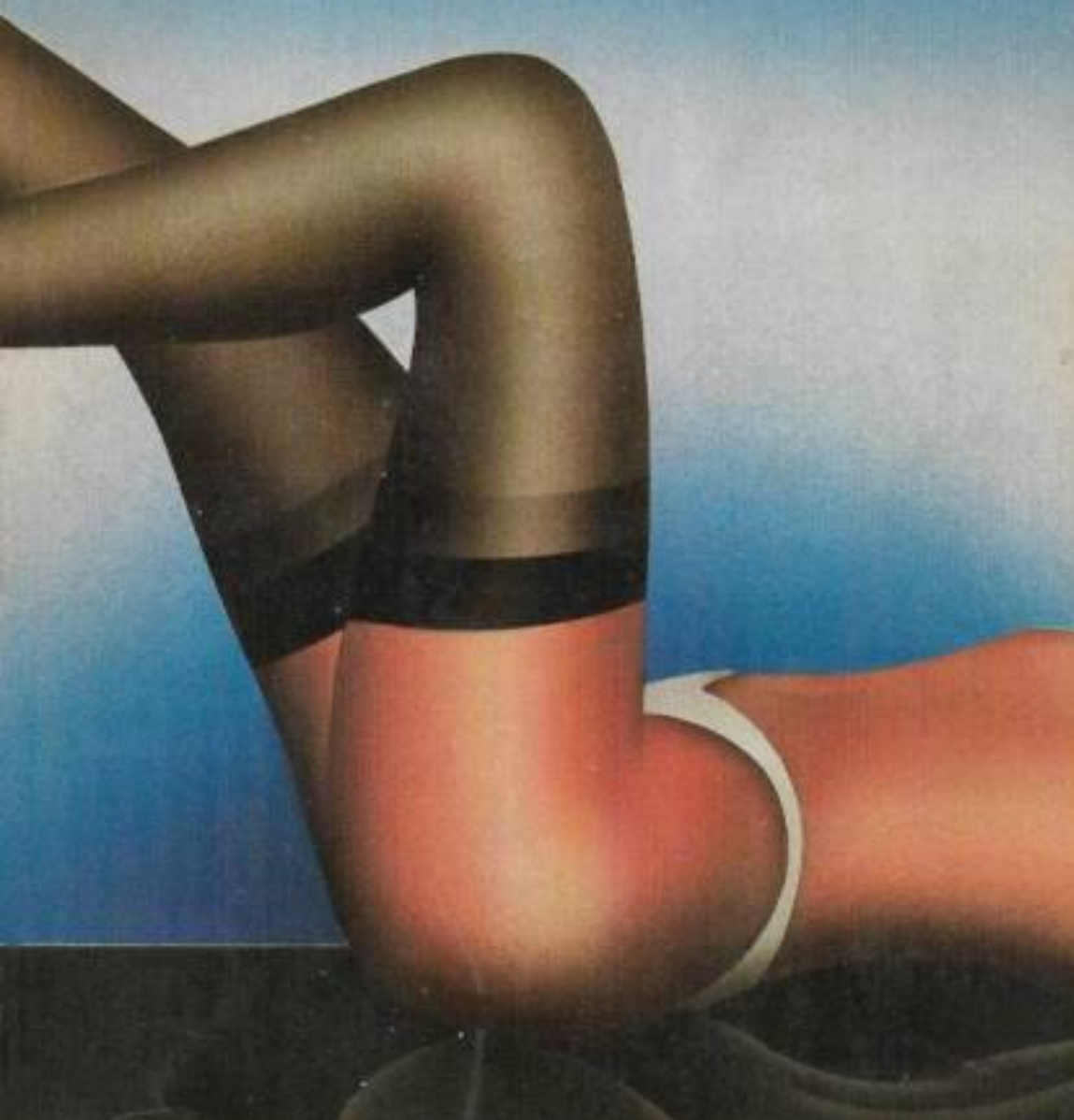


ÓSCAR DE LA BORBOLLA

**Nada
es para tanto**



Lépera, divertida, erótica, no recomendable para menores de edad, la novela *Nada es para tanto* inaugura la picaresca postmoderna; es una sátira en la que el sexo y la risa se mezclan a partes iguales para potenciarse. Con esta novela, Óscar de la Borbolla se consolida como escritor humorístico y muestra que la literatura en serio no tiene por qué ser seria.

«Nada es para tanto» es una fórmula de desenfado, una expresión cínica y antirromántica que se desprende de la novela y que concuerda con el alegre desmadre juvenil que caracteriza al mexicano.

Es la primera novela ucrónica, pero, como la ucrania es insondable, es muy distinta.

Índice de contenido

Cubierta

Nada es para tanto

I. Desde los tiempos en que Xochimilco

II. Al cabo de los años

III. Gabriel no conocía el mar

IV. A la semana de estar en Acapulco

V. Las madames están encabronadísimas

VI. Más se tardó el avión

VII. Gabriel regresó a la ciudad

Sobre el autor

*A mis amigos:
el pintor
José Luis Cuevas
que sabe de erotismo
y el actor
Mauricio Achar
que sabe hacer reír.*

I

Desde los tiempos en que Xochimilco quedaba lejos de la capital: a una jornada a lomo de caballo, toda la parentela de Gabriel se había ganado la vida a punta de tijeretazos, recortando bigotes o mechones desaliñados: lo mismo su padre que sus tíos, su abuelo que sus primos eran o habían sido peluqueros. La adopción del oficio se remontaba al bisabuelo, al aciago día en que a éste se le hundió la canoa por sobrecargarla de flores y estuvo a punto de morir ahogado por unos lirios necios que al enredársele en los tobillos lo jalaron al fondo del canal. Qué Venecia mexicana ni qué la chingada: cuando el bisabuelo de Gabriel logró clavar las uñas en el musgo de la orilla, con el agua y el lodo hasta los pulmones, juró por la virgen santísima no volver a embarcarse, abandonar ese odioso pueblo de Xochimilco y conseguir un trabajo exento de zozobras en la capital; vendió lo que tenía: una parcela donde sembraba gladiolas amarillas, una choza de adobes crudos, ya muy deslavada por la lluvia, y una yegua estúpida y estéril que lo ayudaba en la labranza. Obtuvo la suma de 10 pesos, los metió en los dobleces de su paliacate y, al llegar a México, apareció el peine. El peine de carey que habría de marcar su destino y el de sus descendientes, haciendo de los herederos de su sangre individuos cortados por la misma tijera. Y es que, absolutamente ingenuo, el bisabuelo de Gabriel tropezó con un vivales que le tomó el pelo al convencerlo de que ese peine que le ofrecía obraba prodigios, pues era un peine vivo al que le corrían —como podía verlo— hilillos de sangre por los dientes; además, prevenía la calvicie dando

masajes con sus puntas redondeadas, curaba la caspa, teñía el cabello de negro o de rubio según el lado que se usara y, sobre todo, era un peine importado, un peine que había venido de allende el mar en el caparazón de una tortuga, y todo ese milagro por viles 20 pesos, que sólo traía 10, bueno, no importaba, debemos ayudarnos los unos a los otros como lo manda Dios en las Sagradas Escrituras. Dueño del peine y de una fe inquebrantable, el bisabuelo de Gabriel consiguió entrar de chícharo en una peluquería y, al cabo de los años, luego de cortar centímetro a centímetro unos cuatro kilómetros de cabello, llegó a ser el maestro peluquero, el mandamás de su propio negocio.

En esto pensaba Gabriel, cuando ya enfurecido respondió a su padre: ¿Y por qué tengo yo que ajustar mi vida a lo que decidió hace mil años un indio pendejo? El padre de Gabriel echó su silla para atrás, hacía mucho que no sentía la sospecha de que Gabriel no fuera su hijo, qué tal si era harina de otro costal, tan falso como un bisoñé de cabello sintético, y volvió a arrepentirse de haberse metido con aquella manicurista coqueta que se pasaba el día tarareando canciones, entornando los ojos y sonriéndole a la clientela. Porque a los que le dejaban buena propina, les bajaba la cutícula con los dientes, les acercaba el busto al borde de la mesa y les limaba y barnizaba las uñas vaya usted a saber con qué. Porque eso sí, una mujer decente no era: usaba unas falditas retrincadas y unos escotes panorámicos que hacían imposible emparejar las patillas, pues incluso los más santurrones y despistados ladeaban la cabeza para no perderse ni una sola de las pecas que salpicaban esos pechos. El padre de Gabriel la había contratado para completar los servicios de su peluquería: corte de cabello, afeitado de barba y, con ella, manicure; además, porque al mirarla intuyó que no sólo incrementaría los ingresos de su negocio, sino que las horas laborales se le volverían más placen-

teras a él y a los pacíficos clientes que aguardaban su turno hojeando revistas. No era una mujer bonita; pero sabía sacarle partido a los escasos encantos con los que la naturaleza la había dotado: poseía unas piernas que muy difícilmente habrían llamado la atención de nadie, unas pantorrillas apenas más gruesas que los tobillos y unos muslos aguados que remataban verticales en unas nalgas chatas y oscuras; pero como ceñía sus piernas con unas medias negras y las mostraba hasta una cuarta arriba de las rodillas, hacía que a muchos les sudaran las manos con sólo verla; luego, los senos, calcetines con canica, que habría podido hacerse un nudo marinero con ellos, se los acomodaba con tanta gracia en las generosas copas del brasier, que a quien se los contemplaba por entre la blusa abierta hasta el cuarto botón, se le hacía agua la boca. Al padre de Gabriel se le iban los ojos, igual que a todo el mundo, por la juntura de aquellos senos y, como a cada tanto lo distraían de su quehacer, se la pasaba metiendo tijeretazos equivocados que debía remediar haciéndole crepé al cabello para que no se notaran las tusadas. No era, en suma, una mujer decente: a todos les daba entrada y un día el favorecido fue el padre de Gabriel: hacía calor y en toda la maldita mañana no se había parado ni una mosca en la peluquería; él la observaba: ella traía una blusita sin mangas, él tomó un periódico, ella prendió el ventilador, él dejó el periódico, ella giró sobre sus tacones para que el aire le tocara la espalda. Hace calor, dijo ella y se puso las manos en la cintura. Sí, hace mucho calor, aseguró él. ¿Por qué no cerramos patrón?, preguntó ella, al fin que hoy no creo que vaya a venir nadie. Esperemos un poco, dijo él y mojó una toalla para enfriarse el cuello. Ella se asomó por la puerta y dijo: Por la calle no pasa nadie. Él levantó los hombros. Ella se llevó las manos a la nuca y caminó hacia él. Él se volvió hacia el espejo y descubrió una gota de sudor que le resbalaba por la frente. Ella se colocó junto a él. Él la miró en el espejo: tenía las manos en la nuca y con los antebrazos se oprimía las orejas;

se fijó en el azul de sus axilas afeitadas. Ella se estiró como un gato y cerró los ojos. El ramalazo de su olor llegó hasta él, un aroma de perfume y chicle de menta mezclado con un leve tufillo orgánico. Él retrocedió hasta su sillón giratorio de barbero. Ella siguió estirándose con los ojos cerrados, con su blusita sin mangas que dejaba al descubierto una franja de su cintura: una llantita morena que rebasaba la pretina de la falda y, en el espejo, la carne del estómago fruncida, el remolino de un ombligo húmedo y contráctil. Él caminó a la puerta y de un tirón bajó la cortina metálica, el estruendo de ferrocarril hizo que se cimbrara el local y que ella abriera los ojos asustada. El padre de Gabriel encajonó a la madre de Gabriel, la encontró recargada contra el filo de la repisa, de espaldas al espejo. Ella sonrió provocativa. Él la tomó por las muñecas, le separó los brazos y comenzó a besarle, a morderle, el cuello. No seas tosco, le dijo ella, vas a romperme el zíper, déjame que te ayude. La falda se escurrió y ahí, de pie, contra la repisa sobre la que había tarros de jabón, botellas aspersoras de hule, navajas, cepillos y peines, el padre de Gabriel miró en el espejo cómo se le enrojecía la cara, cómo jadeaba y, finalmente, cómo se le había quedado la boca abierta mientras trataba de normalizar su respiración. En definitiva, no era una mujer decente, se le había colgado al cuello a las primeras de cambio y, lejos de ofrecer alguna púdica resistencia, se le había encajado con tantas ganas que él mismo no sabía quién se había agarrado a quién.

Eres un hijo de puta, rugió el padre de Gabriel y estampó un puñetazo en la cara del muchacho, tu bisabuelo no fue ningún indio pendejo. Gabriel fue a dar a un lado de su madre derribando la mesita del manicure. Las limas, los barnices, el frasco de acetona y los palitos de limón rodaron por el piso. A ella se le encendió la sangre: su hijo tenía derecho de elegir su vida, de rebelarse contra la absurda

devoción al peine de carey, a ese peine que, hasta donde ella se acordaba, había estado siempre en el nicho junto a la imagen de la virgen. Estaba harta de prenderle veladoras y de haber gastado sus mejores años unida a un peluquero celoso y violento que la reñía por todo, que se santiguaba con ese peine de carey y que no tenía otra anécdota que la de su abuelo, ni otro gusto que no fuera estar metido todo el santo día como un piojo en los cabellos de la gente. La madre de Gabriel soñaba con otros horizontes: demasiadas manos habían pasado por sus manos, manos masculinas de todos tamaños y formas: casi veinte años de manicurista le habían enseñado a conocer a los hombres por las manos: uñas almendradas en dedos largos eran síntoma de modales refinados y de tipos galantes capaces de prometer amor y de darlo; dedos cortos, toscos, de uñas cuadradas constituían el indicio de que sus dueños la sabrían apretar hasta sacarle los suspiros o el aire; palmas encallecidas con los nudillos ásperos y las uñas sucias representaban a un bruto seguro, a uno de esos machitos golpeadores que más tardaban en treparse que en terminar ahítos; uñas curvas como garras de gallo en manos regordetas de dedos gruesos hablaban de hombres platicadores y divertidos que pasada la hora de la hora la harían reír con sus puntadas y sus bromas; manos huesudas y pobladas de vello delataban temperamentos apasionados y nerviosos, y manos secas de dedos artríticos y manchados de nicotina con las huellas digitales borrosas eran de hombres intransigentes, amargados y melancólicos. A la madre de Gabriel le bastaba con tocar las manos de sus clientes para saber a qué clase pertenecían: con sólo saludarlos de mano podía prever si serían buenos o malos amantes, pues, pese a la vigilancia del padre de Gabriel, siempre se las ingeniaba para corroborar sus hipótesis: aquel que le interesaba salía de la peluquería con un papelito donde le había anotado una dirección y una hora precisa: durante el manicure les acariciaba las manos y les dirigía unas sonrisas que barruntaban experiencias

memorables que los clientes no podían rehusar; a los más reacios les repegaba las rodillas y con ambas manos les apretaba el dedo cordial, mientras con actitud provocativa se paseaba la lengua por los labios. Los clientes dejaban sobre la mesita unas propinas, cuyo monto ella interpretaba como la respuesta clarísima de que habrían de acudir o no a la cita. La madre de Gabriel acechaba el reloj y, cuando la hora se aproximaba, agredía sutilmente al padre de Gabriel, quien por lo general mordía el anzuelo y comenzaba a reñirla hasta que, luego de un rato, las injurias estaban al rojo vivo y ella tenía el pretexto para salir indignada de la peluquería con tiempo para llegar a tiempo a su cita. Los clientes siempre estaban ahí, algunos le llevaban ramos de flores, como ese que una vez la esperaba con un manojo de gladiolas amarillas traídas seguramente de Xochimilco, de la ex parcela del bisabuelo de su hijo Gabriel: el regalo la perturbó tanto, que estuvo a punto de volverse sobre sus pasos; pero pudo más la curiosidad de comprobar si las manos de aquel hombre eran las de un estupendo amante como ella había previsto al limarle las uñas. Y en efecto, por enésima vez sus predicciones resultaron atinadas: ya en el hotel, el fulano sacó de un maletín unos cinturones de nailon que, según dijo, eran las amarras de un paracaídas a las que había agregado un resistente elástico. Sujetó una punta en la alcayata de la que pendía la lámpara, justo encima de la cama, y con el resto de las correas colgó a la madre de Gabriel para que flotara exactamente a 30 centímetros arriba de la cama. Vamos a fornicar como astronautas, le dijo, y con ambas manos empezó a jalarla a ritmo de chachachá y de mambo. La experiencia gustó tanto a la madre de Gabriel que se puso a inventar otras modalidades: de piñata, de volador de Papantla, de cangurito australiano, de sacapuntas y, con el vaivén de aquel columpio, hasta jugaron balero con estoperoles. La madre de Gabriel reía y azotaba con las gladiolas amarillas el cuerpo desnudo de su ingenioso amante; pero éste yacía sobre el colchón boca

abajo sin fuerzas siquiera para ayudarla a desamarrarse las correas que la mantenían suspendida como una lámpara de placer que ya debía irse para no ocasionar más pleitos con el padre de Gabriel que esa noche le propinó una golpiza del demonio por regresar tan tarde a la casa.

Tu padre es un bruto que jamás ha aceptado la libertad de los otros, dijo la madre de Gabriel cuando el muchacho, apoyándose en ella se incorporó con dificultad: se sentía desganzado por efecto del puñetazo recibido en pleno rostro. Su madre le acercó el frasco de acetona para que aspirara. El olor del solvente siempre le había encantado: desde niño se metía al baño del negocio, humedecía un pedazo de algodón con aquella sustancia (a veces también con bencina o tiner) y se pasaba un rato hundiéndole la nariz como si se tratara de una flor verdaderamente perfumada y no como esas inodoras gladiolas amarillas que tanto desagradaban a su madre y que sólo a partir de cierta noche de trompadas y de mentadas de madre le comenzaron a gustar. Ese olor a acetona que manaba del frasco había acompañado los mejores momentos de su vida: desde cuando era un niño de brazos y su madre, luego de despin-tarse el esmalte colorado de las uñas, le daba un toquecito en la nariz con el algodón ensangrentado y le decía: Mi Gabby, pasando por esas horas en las que se escondía en el baño a marearse hasta ver en la taza del excusado al bisabuelo que se ahogaba con su canoa llena de flores, y siguiendo hasta el día, no muy remoto, en que perdió su virginidad entre las piernas de una prostituta indiferente que se barnizaba las uñas de azul cielo, mientras él se desfogaba dentro de ella. Todos los mejores instantes de su vida tenían puesto, a modo de bufanda, el aroma de la acetona, y también los momentos malos: los días infinitos en la peluquería, los días enteros que Gabriel se echaba barriendo cabellos de la mañana a la noche, mientras que otros chamacos de su

edad iban a la escuela o correteaban en un parque. Porque también los días aburridos olían a acetona, porque a acetona olían su padre y su madre de quienes no se separaba jamás, pues salvo cuando su madre enfurecida se escapaba una tarde, la virgen santísima sabría adónde, todo el resto del tiempo estaban juntos en la peluquería y la acetona la tenían impregnada en la ropa, en las batas de peluquero y de manicurista, y en la carne, y por eso Gabriel quería otra vida, una vida en la que no existiera el peine de Carey, ni los espejos, ni las tijeras, ni la navaja de afeitarse, ni esa maldita pestilencia de la acetona que él odiaba porque había estado presente desde el día de su concepción.

¡Yo no nací para ser peluquero!, masculló Gabriel con los ojos inyectados, todavía sin acabar de reponerse; pero su padre no lo escuchó, estaba vuelto de espaldas afilando una navaja contra la cinta de cuero del sillón giratorio: para él, el asunto estaba concluido: en esa familia todos habían sido peluqueros, gente de bien, hombres honrados que se ganaban el sustento como él, y no iba a permitir que un hijo de puta, un mozalbete sin experiencia, fuera la oveja negra que viniera a dar al traste con la tradición familiar. Qué sabía de la vida ese pendejo para pararsele delante a él, a él que había consolidado el negocio y que a fuerza de ahorros estaba próximo a inaugurar una nueva peluquería, una sucursal de la que, por supuesto, se encargaría Gabriel, porque ni modo de contratar a un extraño, a un desconocido, que le hiciera chapuza con las cuentas, en vez de poner a Gabriel, al muchacho que era sangre de su sangre, porque ese idiota, fuera o no fuera su hijo, había comido de su pan durante 18 años y le debía no sólo la existencia, sino esos cachetes rechonchos y esos buenos sentimientos que le había inculcado con su ejemplo de hombre trabajador, de persona esforzada que ni una sola vez había fallado en la peluquería, pues incluso la enfermedad, que habría servi-

do de pretexto a otro cualquiera para quedarse en su cama fuera de combate, al padre de Gabriel no le hacía mella: hirviendo de fiebre se presentaba al pie de su cañón y con las tijeras en la mano se ponía a podar cuanta melena alta-nera entraba a su negocio y a rasurar, con el mismo brío, a cuanto caballero de mejillas de puercoespín deseara estar presentable, pues, cuando se trataba de barbas, el padre de Gabriel estaba dispuesto a fiar, a reducir el precio o, de plano, a otorgar de manera gratuita sus servicios, ya que nada le parecía peor en un hombre que esa indolencia de dejarse poblar de pelos la cara, de convertirse en un gorila o en un chivo de piocha indecente. En el rostro de sus congéneres sólo soportaba el bigote, símbolo de hombría, y, cuando más, las patillas estilo cochero; pero la barba que cubre con su selva la mandíbula, el mentón y el cuello le repugnaba, lo volvía impertinente y entrometido: Metiche, le decían los clientes a quienes molestaba con historias de arañas y de cucarachas que, según él, anidaban debajo del pelambre. Ni los lampiños ni los calvos se libraban de sus comentarios, de sus peroratas sin freno contra los greñudos y los barbones: el tema lo sacaba de sus casillas y lo hacía despotricar y soltar palabrotas a diestra y siniestra, pues no sólo estaba convencido de las ventajas higiénicas y estéticas de un buen casquete corto o de un corte a la brosh, tipo soldado, sino que un desagradabilísimo incidente le había acentuado con razón la neurosis: un día se le hizo fácil criticar a unos jóvenes que sin deberla, pero sobre todo sin temerla, bebían cerveza sentados en la calle afuera de una miscelánea: se las estaban echando al hilo y colocaban las botellas vacías una sobre otra para levantar sendos postes de vidrio que testimoniaran su respectivo grado de embriaguez. El más hábil de aquellos borrachos deportivos tenía ante sí una columna de tres metros de altura y celebraba su proeza de sin par equilibrio retorciéndose eufórico en el piso: parecía un náufrago enloquecido sobre una balsa de pavimento: gritaba y se doblaba de la risa feliz por su más-

til de cristal; pero a juicio del padre de Gabriel tenía un defecto imperdonable: unas barbas antipáticas que manchaban la respetabilidad de la calle, envilecían el vecindario y, muy principalmente, contrariaban su acicalada alma de peluquero. Así que se acercó cegado por la ira y de un puntapié derribó la torrecilla de Babel, cuyo burbujeante contenido había remontado al novel arquitecto a las alturas del dios Baco. El estallido de los cascos, las esquirlas de vidrio lanzadas en todas direcciones y, más que nada, el inconfundible tono paternal y autoritario que empleó el padre de Gabriel para vociferar contra las melenas y las barbas, sacudieron con tanta fuerza represiva la diversión de los borrachos que sus carcajadas se transformaron en rabia y se les desató el natural instinto de insubordinación adolescente: las manos de los pandilleros se cerraron sobre palos, piedras, varillas o botellas de cerveza, y una lluvia de golpes se dejó sentir sobre las zonas occipital, frontal y parietal del testarudo cráneo del padre de Gabriel, quien en un segundo quedó reducido a un montón de carne inconsciente, sanguinolenta y amorfa que absorbía, ya sin queja ni protesta, la tunda que esos vagos le propinaron hasta que, de tanto pegar y pegar, se les bajó la borrachera, el odio y las fuerzas. Una semana después, el padre de Gabriel recuperó el conocimiento: estaba en la Cruz Roja, sala de traumatología, vendado de arriba a abajo como momia y, aunque le habían dejado descubiertos los ojos, no podía ver a causa de la inflamación de los párpados. Le dolía todo el cuerpo, pero más le dolía la dignidad: quería que la ley cayera con todo el peso sobre sus agresores, que fueran condenados a muerte o, cuando menos, a cadena perpetua; pero más quería hacerse justicia por mano propia: arrancarles el cuero cabelludo para que no volvieran a delinquir; someterlos a un tratamiento depilatorio dolorosísimo, en el que perdieran una a una las raíces pilosas al cauterizárselas con alfileres ardientes, pues no sólo deseaba verlos rapados de la cara y de la cabeza, sino de esos pechos velludos, de esas

piernas velludas, de esos brazos velludos y de esas virilidades cubiertas de cerdas negras y ensortijadas con las que habían podido más que él en el pleito.

Este desgraciado tiene que ser peluquero, dijo para sí el padre de Gabriel, aunque sea lo último que haga en la vida. En ese momento, la madre de Gabriel clavó una mirada de rencor en su marido y en cuatro patas, ella y su hijo, comenzaron a recoger los barnices y las limas para acomodarlos sobre la mesita del manicure. Cómo no lo mataron aquellos pandilleros, pensó la madre de Gabriel; aquellos facinerosos que años atrás, la habían ayudado moliendo a patadas a su marido. Qué ridículo se veía el padre de Gabriel tirado sobre la camilla de la Cruz Roja, qué indefenso debajo del vendaje a través del cual los médicos le inyectaban tranquilizantes intramusculares para calmarle la agitación, esa extrema ansiedad que manifestaba por pasarse el día soñando con su venganza de verdugo depilador. Si tan sólo la convalecencia del peluquero se hubiera prolongado un año más, ella habría podido reunir una fortuna para largarse; pero no, al mes, el padre de Gabriel con los dos brazos en cabestrillo se había plantado en el negocio en calidad de mártir del oficio, y se había convertido en la burla de todos los hombres que entraban en la peluquería: era grotesco, era indigno y penoso el espectáculo de esa momia vendada y enyesada que hacía unos esfuerzos sobrehumanos por sostener las tijeras y el peine. De no haber estado ella, ella con sus siempre menospreciados servicios de manicurista, el negocio se habría hundido como la canoa del bisabuelo de Gabriel, pues su marido no daba una: se tardaba tres horas en un corte de pelo y lo peor, lo que más molestaba a la clientela, era esa pestilencia como de iódex, como de trapos sucios y sangre reseca, porque el padre de Gabriel apestaba a costras, a cicatrices mal cerradas, y de no haber sido por ella que dio la cara, que puso